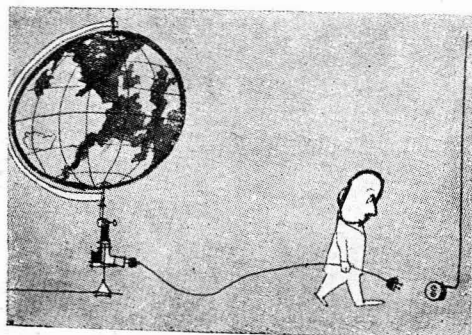


SIMPATIAS Y DIFERENCIAS

II El centenario de un clásico suele ser momento propicio para celebrar el mito antes que la obra; para ejercer la pereza y repetir los dogmas críticos ineficaces a fuerza de redichos. Ayer Góngora, hoy Lope de Vega. Y entre los que se acuerden de que nació el 25 de noviembre de 1562, qué pocos van a decir algo distinto, a escribir algo que no sea "Monstruo de la naturaleza", "Fénix de los ingenios", autor de miles de comedias y millones de versos. En Lope, además, el mito de la vida ha devorado casi el mito literario, y hoy su verdadero sitio de creador del teatro español nos interesa menos que la leyenda de su vitalidad y de sus amores. Elena Osorio, Micaela Luján, Marta de Nevarres, serán junto a tantos otros, los nombres evocados al festejar los cuatro siglos del poeta, merced a esa pasión que busca la anécdota, la intimidad de un escritor, pero rehúsa el simple encuentro con una de sus páginas. Paradójicamente, Lope es otro de los grandes desconocidos en las letras españolas. La vastedad de su obra (que palidece ante la vastedad de los comentarios escritos en torno de esta obra), los vicios irremediables de la enseñanza literaria en las escuelas son abismos que se han ahondado entre él y nosotros — y que tal vez el conocimiento nunca podrá salvar. Es cierto: no ignoramos a Lope; pero lo que sabemos lo aprendimos de segunda o tercera mano, y si lo hemos leído no leímos siquiera una vigésima parte de lo que ha de leerse de su obra. (La existencia entera apenas bastaría — se dice — para conocer más o menos completa la producción de Lope.)

Como ningún otro de nuestros clásicos, Lope se presta para combatir el fetichismo cultural, para desterrar esa idea de que hay una serie de libros y de nombres que *debemos* leer, y sustituirla por la noción del acercamiento a los clásicos como una disyuntiva nada obligatoria que nos permite elegir y, en caso dado, conocer unas páginas capaces de enriquecernos en el mejor sentido, de ampliar nuestro concepto del mundo y de la realidad. Y no se vea aquí negada la validez de las biografías, de los estudios críticos (los textos de Menéndez y Pelayo, Vossler, Rennert y Castro, Alfonso Reyes y tantos ensayistas y conocedores eminentes de Lope, en el pasado — o en el presente, como Montesinos o Sergio Fernández); sólo se trata de dejar que cada quien acepte o rechace por sí mismo, que cada uno se forme su propia tradición.

Acaso sea lo único que pueda añadirse al centenario de un hombre que transformó su vida en el caudal de su poesía



y que, para los siglos, cambió la letra impresa en calor y en color, en vida perdurable.

II El fin de una leyenda literaria: una carta de André Coyné —*Excelsior*, 14 de octubre— que (a propósito de un artículo de Luis Guillermo Piazza sobre la traducción que hizo Antonio Castro Leal de las *Cartas de una monja portuguesa*) divulga entre nosotros un tema en que ha insistido recientemente la prensa literaria de Francia: tal vez existió Mariana Alcoforado, tal vez amó en un convento de Portugal al capitán Chamilly, tal vez éste la abandonó y de regreso a Francia recibió algunas cartas de la monja; pero las *Cartas portuguesas* que conocemos no son el testimonio desgarrado de una pasión sino una novela epistolar (en cinco cartas, como tenían cinco actos las tragedias de Racine) escrita por el Conde Guilleragues, quien, en el siglo XVII, sólo quizo aparecer como traductor a fin de consumir la invención de un personaje real. (Ejemplos de esta clase de diversiones literarias son también la Georgina Hübner que originó un hermoso poema del engañado Juan Ramón Jiménez, y aun cierto poeta que el mismo Castro Leal inventó, confabulado a otros amigos.) Deloffre y Rougeot —concluye Coyné— acaban de publicar en Clásicos Garnier una edición de "Valentina y otras obras de Guilleragues", entre ellas las *Cartas de una monja portuguesa*.



II Herman Hesse, Ramón Pérez de Ayala, Isak Dinensen, e. e. cummings (como él quería que se escribiese su nombre) han muerto en las semanas últimas. Murieron cuando habían dicho lo que tenían que decir, cuando los años, de seguir adelante, traerían consigo el silencio.

II En julio de 1960 y en esta misma página, se habló de un grupo de escritores franceses que, apenas cumplidos los veinte años, se lanzaban a editar la revista *Tel-Quel* sin aceptar más compromiso que el de su arte literario. De ellos no tardó en destacar Jean René Huguenin: su novela *La cote sauvage* (elogiada por Mauriac y Aragón que vieron en Huguenin "un nuevo Proust") estuvo cerca de ganar el Premio Goncourt y logró vender treinta mil ejemplares — cifra astronómica si se piensa que era un primer libro y además un libro de alta categoría estilística. *La cote sauvage* es la novela de una relación fraternal en la costa de Bretaña, la tierra penetrada por la supervivencia del misterio celta.

II En Inglaterra, en Estados Unidos, en Francia se lee y se comenta una nueva colección de escritos de Malcolm Lowry, póstumamente aparecida: *Hear us o Lord from heaven thy dwelling place* (que más o menos puede traducirse *Escúchanos, Señor, desde el cielo donde moras*). En la edición inglesa (Jonathan Cape, Londres, 1962, 283 pp.) se habla de la fama literaria que Lowry, muerto en 1957, adquirió por su novela sobre México, *Under the volcano*. En esta serie de tres novelas cortas y cuatro cuentos, Lowry se revela como uno de los mejores escritores de nuestro tiempo. Entre las más bellas páginas del libro, hay que señalar *Through the Panama*, intenso relato sobre una travesía marítima, supuestos fragmentos del Diario de Sigbjorn Wilderness.

II Claude Bonnefoy escribe en *Arts* acerca del primer centenario de Maurice Barrés. "Barrés se aleja" —dijo Montherland en 1925, a los dos años de la muerte (4 de diciembre de 1923). Y parece que después —dice C. B.— a pesar del fervor de algunos discípulos, Barrés no ha dejado de alejarse. Paradójicamente, la posteridad literaria de Barrés es una de las más ricas que existen: los "hijos" de Barrés están entre nosotros y ocupan el sitio que fue suyo. Barrés, según dijo Cocteau, nos enseñó el homenaje irrespetuoso, nos hizo ver que la indiferencia es peor que la irreverencia. A los veinticinco años atacó a Renan, que entonces era el más célebre pensador, y a los sesenta fue públicamente vejado por los dadaístas, entre ellos Tristán Tzará, quien declaró: "Barrés es el más grande canalla producido en Europa después de Napoleón." En 1922, continúa Bonnefoy, se le atacaba y Barrés existía. Su presencia era indiscutible. En 1962, según parece, Barrés está ausente. Con todo, después de cuarenta años puede hablarse del barresismo casi como de una sociedad secreta, su posteridad es numerosa y rica. "La mitad de nuestra literatura contemporánea —y de la grande— procede más o menos directamente de él: Montherland, Malraux, Drieu, La Rochelle, Mauriac, Camus, Cocteau, Aragón."

Según los críticos franceses, estos herederos *ont volé l'instrument*. Y la influencia y el paralelismo no se limitan al estilo: Barrés tuvo el sentido del absurdo muchas décadas antes que Camus empezara a escribir. Entre Malraux y Barrés podría extenderse la semejanza, si se comparan *Un homme libre* y *Les conquérants*, el estudio sobre el Greco y las páginas sobre Goya. Además, la similitud de los itinerarios políticos: de la revuelta de la juventud a los honores y los cargos burocráticos en la ancianidad. Así, Maurice Barrés en 1962 sigue en la literatura francesa: presente e invisible, oculto y evidente.

—J. E. P.

